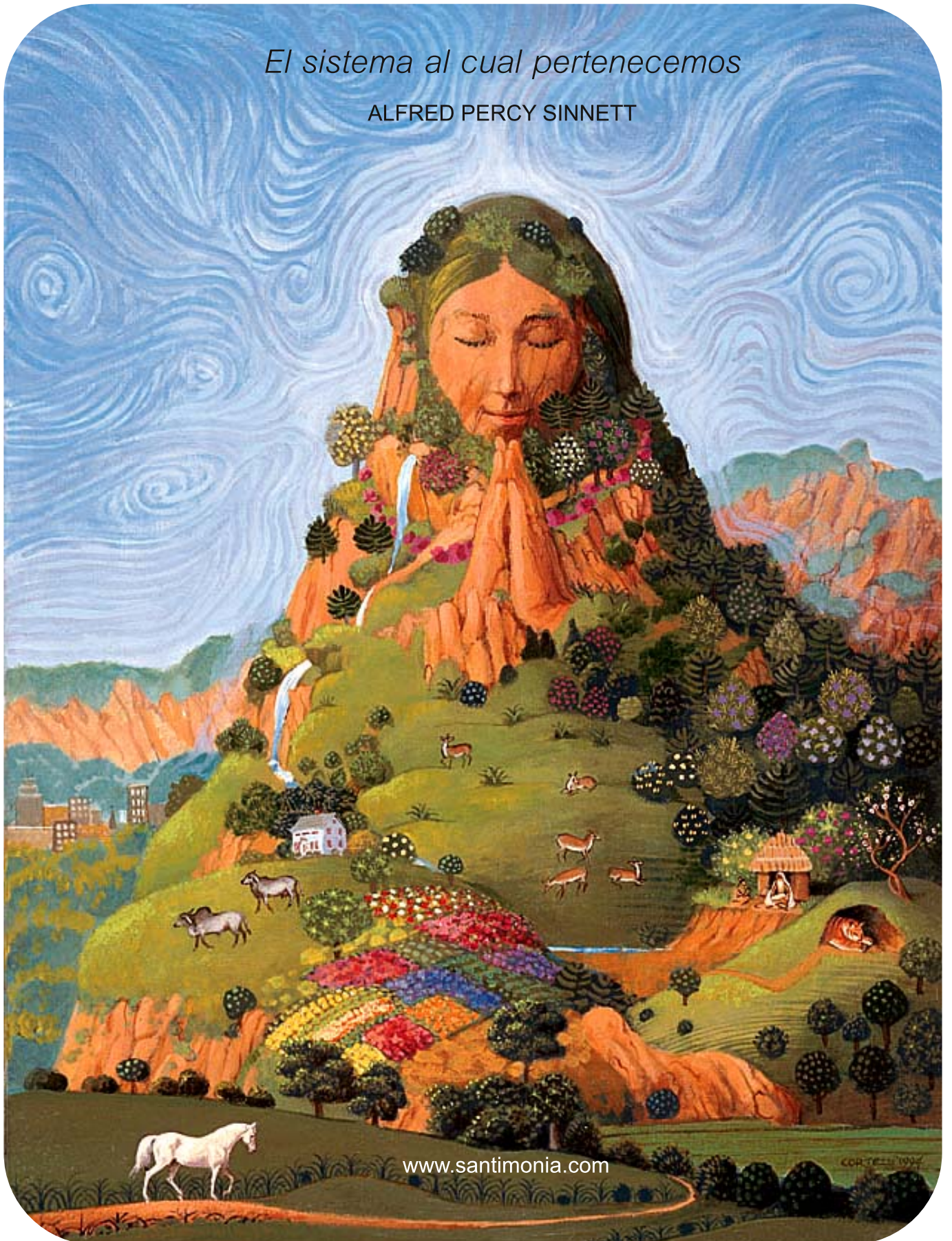


El sistema al cual pertenecemos

ALFRED PERCY SINNETT



Aunque es de una importancia capital que cualquiera que desee comprender el lugar que el hombre ocupa en la Naturaleza, debe apreciar de una manera correcta las condiciones que determinan su progreso espiritual en la presente etapa de su evolución progresiva, llega por fin un momento en que al estudiante en Teosofía le es indispensable fortalecer su comprensión acerca de las posibilidades que ante sí se le presentan, abarcando puntos de vista más amplios relativos al vasto sistema al cual pertenece. Interin se halle cohibido por las imperfecciones de la máquina pensante del cuerpo físico, no aspirará a una comprensión perfecta del Cosmos, y sólo en pensamiento tratará con lo infinito del espacio, del tiempo y de la perfección espiritual, al objeto de mantenerse en contacto mental con la verdad velada, puesto que existen todavía en series infinitas, fases insondables de existencia que se hallan más allá del último límite de su comprensión. Pero hallará lo necesario para cerciorarse de que algunos grandes problemas que son demasiado abstrusos para que puedan ser asimilados por completo por nuestra conciencia actual, son, sin embargo, accesibles parcialmente a nuestras investigaciones. En realidad, el lugar que ciertamente ocupa el hombre en la Naturaleza, no constituye un reino separado sin conexión con los demás reinos.

Existe un casi impenetrable pasado que hemos dejado atrás, el cual debemos investigar retrocediendo a un período en que los principios de la evolución humana estaban sumergidos en las fases pre-factibles de la existencia. y en cuanto al futuro, las vías de progreso que conducen a la humanidad hacia sus más elevados destinos, pocos de entre nosotros se hallarán en condiciones para abarcar un largo período del mismo. Pero la idea divina que la humanidad representa, no puede ser razonablemente considerada como una cosa aparte de la Naturaleza en medio de la cual existe. El mundo en que vivimos no puede ser bien comprendido sin poseer algún dato referente a la entera cadena planetaria de la que es un eslabón, y las manifestaciones cíclicas sucesivas a través de las cuales pasa esta cadena, no pueden ser discutidas o analizadas sin relacionarlas con el plan general -hasta donde lleguen nuestras posibilidades para hacerlo-de todo el sistema solar al cual pertenecemos.

El sistema solar es indudablemente un área en la Naturaleza cuyo contenido nadie, excepto los más elevados seres a quienes nuestra humanidad puede concebir, se halla en situación de poder investigar .

Teóricamente podemos sentirnos seguros-como lo vemos en el cielo durante la noche -de que el mismo sistema solar no es más que una simple gota de agua en el océano del gran Kosmos (1), pero que esa gota es a su vez un océano desde el punto de vista de la conciencia de seres tan poco desarrollados como nosotros, y por lo tanto, sólo podemos esperar al presente, adquirir nociones vagas é imperfectas acerca de su origen y constitución. Sin embargo, por -imperfectas que sean, nos permiten señalar el orden de las series planetarias a las que nuestra evolución pertenece, el lugar especial en el sistema del cual forma parte; y, sobre todo, nos dan una amplia idea de la relativa magnitud de todo el sistema, de nuestra cadena planetaria, del mundo en que al presente nos hallamos evolucionando, y de los respectivos períodos de evolución en los cuales como seres humanos estamos interesados.

Todos estamos familiarizados con algunos hechos relativos a las grandes series de que deseo hablaros.

Desde el momento que se dieron a conocer las modernas enseñanzas teosóficas, supimos que esta tierra que actualmente habitamos, no es el único mundo que está en relación con la evolución de nuestra familia humana. También comprendimos desde un principio que los siete globos de nuestra cadena, algunos de los cuales pertenecen a los planos super-físicos de la Naturaleza, son reencarnaciones de globos precedentes, asociados con las mismas fuerzas espirituales que concurrieron a su anterior

manifestación, y que cuando sus funciones en la evolución presente hayan sido ejecutadas, ellos, a su vez, desaparecerán, y serán substituidos por una nueva cadena de mundos en los cuales las características evoluciones que les son propias empezarán un nuevo ciclo de actividad. Además, sabemos de una manera que no da lugar a dudas, que en el sistema solar existen otras cadenas planetarias además de la nuestra, con cuya evolución y durante su progreso nada tenemos que ver nosotros, aunque en un cierto sentido, profundo é interesante, uno de esos sistemas de evolución -que representa un grado más elevado de espiritualidad que el nuestro- algo ha tenido que ver con nosotros, pues nos ha mecido, por decirlo así, en nuestra infancia, y ha guiado el progreso de algunas de nuestras razas primitivas. Pero al principio de nuestra educación teosófica no nos hallábamos en situación de comprender la estructura general de todo el sistema solar en la misma proporción que lo estamos ahora. Lo que me propongo, pues, al presente, es reunir los conocimientos que gradualmente hemos conseguido adquirir, de suerte que formen una exposición ordenada, y nos coloquen en situación de poder examinar con el ojo mental, un radio más extenso del futuro que el que se refiere a la evolución de nuestra cadena planetaria.

Sabemos que el siete es el número fundamental de nuestro sistema -a lo menos en lo que se refiere a su manifestación física-, y esta simple invariabilidad de la ley, hace al gran problema en cuestión más fácilmente inteligible que lo sería de otro modo cualquiera. El sistema solar incluye (debemos precavernos contra el lamentable error que podría resultar si dijéramos que está compuesto de) siete grandes esquemas de evolución planetaria, en cada uno de los cuales existen mundos, uno o más, pertenecientes al plano físico. Los esquemas no son todos ideados para concordar entre sí, y en unos más que en otros, los planos superiores de la Naturaleza tienden hacia un mismo fin. Los teosofistas están ahora bien familiarizados con la idea de que los planos superfísicos de la Naturaleza pueden ser precisamente tan reales, y por ende, las manifestaciones tan objetivas como las que afectan a los sentidos físicos. Los planos Astral y Devachánico son tan esencialmente necesarios como áreas de manifestación dentro del sistema solar, como lo es el plano físico. Indudablemente, además de los siete esquemas planetarios a que me he referido, existen otros en los planos superiores que en ningún tiempo han tenido planetas físicos relacionados con su evolución. Por el momento no nos será posible ahondar mucho acerca de estos esquemas; pero la certidumbre del hecho de que ellos existen, nos ayudará a poner orden en nuestros espíritus en los sucesivos períodos de esta investigación. Excepto uno solo, nuestro esquema es el que más porción contiene del plano físico, y en el período de nuestro actual manvántara, tres planetas de nuestra propia serie se hallan en este plano, aunque, la constitución de las diferentes cadenas difieren entre sí.

Cada esquema de evolución consta de una serie de siete manvántaras. Cada manvántara incluye un proceso evolucionario análogo al que en las enseñanzas teosóficas se describe como las siete rondas de nuestra cadena planetaria. Como que cada ronda constituye un período mundano de actividad en cada planeta por turno de la misma cadena, y como que cada uno de estos períodos mundanos está dividido en siete grandes ciclos distintos, podemos conseguir una idea de la relativa magnitud de un período de raza - como el que se discutió últimamente con alguna extensión en esta logia referente a la raza Atlante - comparado con todo el sistema al cual pertenecemos, si consideramos bien la siguiente progresión:

Siete períodos, comprendiendo cada uno de ellos una raza raíz, forman un período mundano.

Siete períodos mundanos sucediéndose éstos progresivamente uno tras otro como diferentes planetas-, una ronda.

Siete rondas, un manvántara.

Siete manvántaras, un esquema de evolución.

Siete esquemas de evolución (más o menos contemporáneas en su actividad). el sistema solar.

Entre estos esquemas los hay que se hallan en un nivel mucho más elevado que los demás; pero antes de abordar la difícil tarea de describir de una manera más minuciosa las condiciones en que al presente los hallamos, bueno será que retrocedamos en pensamiento a sus principios, y apreciemos la rara intuición con que la moderna ciencia- que no siempre es muy digna de crédito - ha conjeturado con bastante exactitud las condiciones en que existía nuestro sistema antes de que ninguno de sus planetas se hubiese diferenciado.

La hipótesis nebular es una de las más preciadas conquistas de que jamás por sí solo haya demostrado ser capaz de conseguir el intelecto humano. Esta hipótesis concuerda perfectamente sobre este punto con las enseñanzas teosóficas, si bien éstas la interpretan y desarrollan de un modo que no sería posible hacerlo desde el mezquino punto de vista del pensamiento que sólo admite una sola clase de materia.

La teoría de que todos los sistemas solares fueron en sus principios vastas agregaciones de materia muy sutil que se hallaba a una temperatura muy elevada - materia gaseosa, o quizás más sutil todavía-, y que gradualmente cada nebulosa pasó por un proceso de enfriamiento y contracción que condensó sus núcleos y todas las demás partes, es generalmente atribuida al gran astrónomo Laplace. Mr. W. F. Stanley, en su última obra acerca de este punto, traza la génesis de la idea de Tycho Brake, quien sugirió la hipótesis de que las estrellas fueron formadas por la condensación de la substancia etérea de la que, según él suponía, estaba formada la Vía Láctea. Kepler, desarrolló la idea induciendo el parecer de que la substancia nebular pudo originalmente haber llenado todo el espacio, en vez de hallarse confinada a la Vía Láctea, y otros grandes pensadores sugirieron, a su vez, ulteriores modificaciones al concepto original.

Este concepto adquirió gran consistencia cuando en las investigaciones de Sir William Herschell - año 1900 -nos demostró más de 2.000 nebulosas diferentes al alcance del telescopio, Laplace elaboró todo el esquema de una manera mucho más sistemática que ninguno de sus predecesores, desarrollándolo a poca diferencia en la misma forma en que generalmente lo acepta ahora el mundo astronómico.

Laplace demostró que los planetas de un sistema podían formarse sucesivamente, debido primero a la ruptura de la masa central de la nebulosa, y luego a la de los grandes anillos externos de materia condensada. Habiendo sido originalmente sometida la nebulosa a la ley de rotación, los anillos continuaron sujetos a esta misma ley. Gradualmente los anillos se fraccionaron a su vez y entonces la materia de que estaban compuestos formó núcleos que al agruparse , constituyeron o grandes cuerpos esféricos planetarios, o bien multitud de masas meteóricas de menor volumen.

Siguiendo este orden de ideas y amplificándolas, la especulación trata de explicarse el proceso probable que dió origen a la formación de las nebulosas.

Según suponen algunos partidarios de la teoría de los vórtices, la materia es atraída en remolinos en torno de núcleos preexistentes, Según otros, partidarios de la teoría del choque, la nebulosa original fue debida a la colisión que tuvo lugar en el espacio, entre dos fríos y extinguidos soles que se movían en opuestas direcciones con velocidades planetarias. El calor engendrado por una tan espantosa catástrofe, se considera como suficiente para volatilizar toda la materia de que estaban compuestos los dos globos, y de dar nacimiento por este medio a una nueva nebulosa de brillante gas incandescente, la cual pudo ser puesta en movimiento por la naturaleza misma de la colisión que la produjo. pues no es probable que el choque entre los dos cuerpos tuviera lugar en los

respectivos puntos centrales de sus masas. Al presente, creo que la teoría que atribuye el origen de las nebulosas al choque entre dos cuerpos, es la más probable, y es muy interesante el saber por nuestros más grandes Maestros que, si bien prácticamente no es éste el método de desarrollo que fue adoptado para nuestro actual sistema solar, sin embargo, ha sido empleado en los procesos de la Naturaleza en algunos otros sistemas, y puede hallarse en armonía con las actividades de planos más elevados que el físico, las cuales nuestra intuición teosófica nos hará comprender al momento, que deben ser siempre el agente principal, cuando un sistema solar es llamado a la existencia.

En efecto, el método adoptado en la inauguración de nuestro sistema solar estuvo, desde un principio, en relación perfecta con los planos superiores de la Naturaleza, En un nivel de materia superfísica se puso en acción una fuerza cuyo efecto fue la creación de lo que nosotros podemos imaginar-sin tener la pretensión, acerca de este punto, de que imaginamos con exactitud -como un vasto campo eléctrico extendiéndose en una región del espacio mucho mayor que el área que abarca la órbita de Neptuno. La región del espacio afectado, empieza por ser ocupado por una cierta clase de materia, o, mejor dicho, por ciertas clases de materia. Cuanto más consigamos asimilarnos el espíritu de la doctrina oculta, tanto más claramente comprenderemos la idea de que el Espacio no está en parte alguna vacío o desocupado. Puede que, no contenga nada que afecte a nuestros limitados sentidos; pero, a pesar de ello, es antes bien un plénium que un vacío. Algo hay que llena todo el espacio con lo cual podemos estar relacionados en espíritu. Sabiendo esto, y sabiendo también que la materia de otros planos, además del físico, está igualmente sujeta a limitaciones - si nos referimos, por ejemplo, al plano astral, no afirmamos que sea un infinito homogéneo, sino que es el plano astral de esta tierra-, de modo que con frecuencia los estudiantes esotéricos se hallan perplejos y se preguntan: ¿cuál es el plano común al sistema solar en la serie ascendente, y cuál es común al Cosmos? La respuesta a este enigma, puede encontrarse en el hecho de que cada plano está representado por materia en diferentes - generalmente siete- grados de sutilidad. Los subplanos inferiores están, en todos los casos, especializados en torno de cada planeta; pero en cada caso el subplano más elevado es coextensivo con el sistema solar, con el universo mismo, a pesar de lo contrario que nosotros creemos saber. Así pues, en cierto sentido, hasta el plano físico es coextensivo con el espacio, pues está representado por el éter más elevado, el éter en estado atómico. Del mismo modo sucede con los planos astral y devachánico; éstos, en sus estados más elevados, son coextensivos con el éter; y así sucesivamente con los planos más elevados que a su vez son también coextensivos con otro superior o más sutil.

Con esto se verá claramente que la materia en todas sus variedades, así como en todas sus potencialidades, se halla en la región en que el poder sublime que dirige la manifestación de nuestro sistema, produce las actividades ya referidas. Según se nos dice, estas actividades sólo tuvieron por objeto el de reunir como en un vórtice dentro del espacio que las rodeaba, inmensos acopios, adicionales del éter que todo lo llena. Con respecto a esto, se presentan al espíritu algunas dificultades científicas; pero los sistemas solares se hallan lo suficientemente separados unos de otros en su distribución por el espacio, para armonizar con la idea de que hasta el éter, aunque hemos de considerarlo como un algo incomprendible, pues no hay medio de reconciliar las ideas corrientes que acerca de la materia tenemos, con algunos de sus atributos, puede ser atenuado en los espacios intersolares, y relativamente condensado dentro y en torno de los sistemas solares. Sea como fuere, la interpretación esotérica del principio de nuestro sistema solar parece envolver la idea de una condensación semejante como la de que, sobre el éter en esta condensación, descendió una influencia desde algún plano elevado de la Naturaleza, la que convirtió por último a la masa condensada en una nebulosa

física - una masa inmensa de gas incandescente a una temperatura inconcebiblemente elevada

Así las cosas, parece ser que el proceso que está de acuerdo con la teoría nebulosa comenzó a entrar en acción. Los anillos de la substancia nebulosa, desprendiéndose de la masa padre, prosiguieron girando obedientes al movimiento de la fuerza original de la masa central, agregándose en planetas - aunque no en los planetas que actualmente nos son familiares, pues éstos tienen un origen posterior- en virtud de principios operativos en la evolución del sistema con los cuales la astronomía ordinaria no está familiarizada todavía.

Los siete planetas originalmente formados, fueron agrupados por grados en siete grandes esquemas de evolución, y para comprenderlos, siquiera sea de una manera aproximada, debemos considerarlos desde nuestro actual punto de vista. Para el examen que nos proponemos realizar, no serían de gran provecho las tentativas destinadas a sondear el casi impenetrable pasado, como tampoco el investigar el orden en que los diferentes esquemas fueron lanzados. Entre tanto, podemos tomar nota del hecho ya referido de que en el sistema solar existen tres esquemas de evolución con los cuales no está en conexión ningún planeta físico; de modo que en realidad no son siete sino diez los esquemas que debemos estudiar; y probablemente si poseyéramos un conocimiento más amplio de la Naturaleza, hallaríamos sistemas septenarios absorbiéndose constantemente en extenso sistema denario; pero donde quiera que sea que el plano físico juega algún papel en una obra cósmica, la ley septenaria parece ser la que domina. Así pues, nuestra primera tarea al tratar de comprender el sistema solar, debe ser la de analizar los siete esquemas, en cada uno de los cuales tiene conexión el plano físico.

Empezando por el planeta Neptuno, que es el que se halla más lejos de nosotros en el espacio, vemos que está en conexión con un esquema de un carácter muy diferente del que puede asignarse a la mayor parte de los otros, En esta serie de mundos, el proceso evolucionario no está destinado a producir resultados proporcionales a los que se propone en otros esquemas. La vida con la que Neptuno está en conexión no está adaptada para alcanzar niveles muy elevados; pero en cambio, este maravilloso organismo cósmico, es especialmente interesante por una razón astronómica. En efecto, relacionados con la evolución de Neptuno, existen otros dos planetas pertenecientes físicamente a nuestro sistema, a los cuales las investigaciones por el telescopio no han conseguido aún descubrir. Uno de ellos puede al fin ser descubierto por medios ordinarios; en cuanto al más apartado, se halla muy lejos del alcance de los instrumentos físicos. pues no sólo se halla a una distancia que causa vértigos a la imaginación, sino que la luz que nos envía, reflejada del Sol, es sumamente débil. Visto el Sol desde Neptuno, aparecería como un mero punto en el cielo comparado con el esplendoroso disco que vemos; pero los dos lejanos planetas se hallan a tales distancias del centro del sistema, que para observarlos se necesita recurrir a lo que en astronomía se llama *la ley de Bode* ». De esta suerte, sin haber todavía descubierto a ninguno de ellos, sabemos que el radio de la órbita en la que se mueve el más lejano, es algo mayor de 10,000 millones de millas. (Recuérdese que la distancia de Neptuno es aproximadamente de 2,700 millones.) A esta distancia la luz del Sol apenas sería visible. Y para el calor que el lejano planeta necesite, esto debe depender principalmente de influencias acerca de las cuales la ciencia física terrestre poco o nada sabe al presente. Aun cuando es muy poco lo que podemos esperar comprender acerca del esquema de Neptuno, podemos sin embargo formular nuestra opinión sobre este asunto, y admitir además que dicho esquema contiene tres planetas físicos en su presente etapa de evolución (2).

Como veremos por orden sucesivo, todos los demás esquemas, excepto el nuestro, están al presente representados en el plano físico por un solo planeta.

Pero durante el curso de este estudio del sistema, no debemos olvidar que los esquemas, en sus manvánticas etapas, no siempre están representados del mismo modo en el plano físico. Nuestro mismo esquema no contenía más que un planeta físico en su último manvántara, y en el próximo tampoco contendrá más que uno, aunque al presente su manifestación en el plano físico es triple. Del mismo modo, otros esquemas que al presente sólo contienen un planeta físico, pueden tener más en etapas posteriores de su progreso, así como pueden haberlos tenido en etapas anteriores.

El esquema de Urano - pues creemos que por conveniencia podemos llamar ahora a cada esquema por el nombre del planeta visible de su presente cadena - es el próximo sucesivo que debemos examinar. Se me dice que el esquema de Urano está muy avanzado, y que se halla relacionado con la evolución de un elevado orden de vida; pero, naturalmente, las condiciones físicas de Urano deben ser evidentemente diferentes de todas aquellas con las cuales estamos familiarizados. El sol, visto desde Urano, apenas si presenta un tamaño mayor que el que Júpiter nos presenta a nosotros; pero una de las cosas que se recomienda con más insistencia, es tener presente en el estudio esotérico del conjunto del sistema, el concepto de que la vida es compatible bajo condiciones del más diverso carácter, y que no debemos jamás intentar determinar la habitabilidad de otros globos del espacio, comparando sus condiciones meteorológicas y climáticas con aquellas a que nosotros estamos habituados.

El esquema de Saturno está mucho menos adelantado que el nuestro en su desarrollo manvántico y el mismo planeta Saturno se halla en la primera ronda de su presente manvántara, de modo que no es aún físicamente habitable. La familia de seres con cuya evolución está relacionado el planeta Saturno se halla todavía en la primera etapa de su descenso a la materia, aún cuando no por ello debe colegirse que así el esquema de Saturno, como los demás esquemas que están en conexión con los planetas externos, sean jóvenes en el orden de su creación, cuando se les compara con los que están más cercanos al Sol.

Los grados de progreso de los diferentes esquemas son muy variados. Saturno es lento en su evolución, y sus manvántaras son de una duración enorme. Debemos, sin embargo, ser parcos en las especulaciones que tienden a relacionar los grados de progreso de los diferentes esquemas, aun cuando no debe cabernos duda alguna de que todos ellos tienden a armonizar sus resultados hacia un mismo fin, esto es, a la realización del gran drama en el cual todos juegan sus respectivos papeles.

El esquema de Júpiter es muy interesante, pues aunque no en edad, a lo menos en adelanto, es joven todavía; está, sin embargo, destinado, según se nos dice, a conducir eventualmente a la familia que en él evoluciona, hacia un nivel muy elevado. Hasta aquí, el manvántara del esquema de Júpiter en el orden de progreso, es sólo el tercero de la serie septenaria, correspondiendo a nuestro manvántara anterior o lunar, el cual, como saben todos los lectores del London Lodge Transaction que han leído lo que allí se dice acerca de «Los Pitris Lunares», no condujo a nuestra familia hacia una etapa de desarrollo muy considerable. Además, la familia de Júpiter sólo se halla al presente en la segunda ronda de su tercer manvántara, y su planeta físico, por lo tanto, no es aún a propósito para servir de morada a la vida física. Conserva todavía algo del calor de su relativa condensación aun reciente, y este modo de ser, reconocido por la misma astronomía ordinaria, NO es debido, como suponen la generalidad de los astrónomos, al hecho de que Júpiter sea mucho mayor que los planetas internos, y haya necesitado más tiempo para enfriarse desde que la nebulosa original se solidificó. La creación de Júpiter

es posterior a la de la Tierra, pero el hecho está relacionado con un asunto cuyo estudio haremos oportunamente cuando completemos el examen general de los esquemas.

Después de Júpiter, la próxima órbita planetaria que encontramos, está al presente ocupada por un enjambre de asteroides, mero material planetario muy enrarecido, destinado a la construcción de cadenas futuras. El próximo planeta es Marte; pero al llegar a este interesante mundo, los que pertenecemos a la cadena terrestre nos hallamos comparativamente en casa, pues el esquema al cual pertenecemos, que al presente se halla en su cuarto manvántara, atraviesa la etapa de su más profunda inmersión en la materia, y por lo tanto está representado en el plano físico por tres planetas, siendo Marte uno de ellos (3). Marte, la Tierra y Mercurio, se hallan en un orden regular sucesivo de evolución, siendo Marte el planeta que en el orden de progreso a través de la cadena entera sigue inmediatamente a la Tierra, y Mercurio el que nos precede.

Una gran parte de nuestra familia humana vivió en Marte, en donde, si nos fuese posible visitarlo ahora, como indudablemente algunos de nuestros amigos más avanzados pueden hacerlo - y lo hacen efectivamente por medio del vehículo de conciencia apropiado, mientras se hallan fuera del cuerpo físico-, hallaríamos todavía vestigios arqueológicos de nuestro paso. Como que el conocimiento que poseemos de los planetas de nuestra propia cadena, es algo mayor que el que tenemos de las demás, en el curso sucesivo de este trabajo volveré sobre este aspecto del asunto.

Venus es el próximo inmediato planeta a la Tierra que vemos a medida que avanzamos en dirección al Sol. De todos los siete esquemas del sistema, el que Venus representa actualmente en el plano físico, es el más avanzado en la evolución. No significa esto que, necesariamente, sea el más antiguo en el orden cronológico, sino el que de toda la serie ha realizado en menos tiempo mayores y más rápidos progresos, por cuyo motivo sus manvántaras ha sido de más corta duración.

Nuestro esquema planetario se halla ahora en su cuarto manvántara, pero aquel al cual Venus pertenece está en un período muy avanzado del quinto. Se halla ya en la séptima ronda de su quinto manvántara, y la familia que en él evoluciona habita actualmente, como nos sucede a nosotros, el planeta físico de su cadena, aunque en una etapa tan inmensamente avanzada de su progreso, que cuando comparamos los más desarrollados de sus individuos con nuestra humanidad, resultan seres que poseen condiciones divinas. Como saben todos los estudiantes de la doctrina esotérica, de Venus procedieron los instructores de nuestra infantil humanidad que durante la tercera raza y a principios de la cuarta de este período del mundo, descendieron para estimular en nuestra familia el desarrollo del principio manásico, y a ellos debemos el que al presente nos hallemos algo más avanzados en el camino de la evolución, de lo que estrictamente nos correspondería actualmente hallarnos en nuestro esquema. Hemos sido ayudados por algunos de aquellos que en el más elevado sentido de la palabra son nuestros Hermanos Mayores en el sistema, y entre nosotros se hallan algunos pocos que han probado ser aprovechados discípulos suyos, pues se han elevado a niveles espirituales sólo comparables con aquellos que previamente fueron alcanzados por sus sublimes instructores.

Comprendido en la órbita de Venus existe el planeta Mercurio, que pertenece a nuestra misma cadena, y debido a la circunstancia de que el punto medio de nuestro presente período mundano ha pasado ya, allí, en dicho planeta Mercurio, se está preparando una nueva evolución para el advenimiento de nuestra familia humana, para cuando el resto de sus grandes períodos de raza hayan terminado en esta tierra. Dentro de la órbita de Mercurio existe otro planeta que probablemente será descubierto un día u otro por los astrónomos ordinarios, quienes sospechan ya su existencia, y ha sido ansiosa y porfiadamente buscado cuando un eclipse solar les ha presentado una ocasión apropiada

para ello. Fuera de estas favorables condiciones, se halla siempre envuelto en el velo deslumbrador de la luz solar, y por este motivo no existe posibilidad de descubrirlo a través de las inmensidades celestes. Algunos astrónomos han bautizado a ese aun no descubierto planeta con el nombre de Vulcano. Sin duda que debe ser un pequeño mundo muy cálido, aunque, según la «ley de Bode», se hallaría a una distancia del orbe central, de algunas treinta millones de millas. Como quiera que sea, pertenece a un esquema de evolución independiente, cuya misión no es la de conducir a la vida hacia niveles elevados; sin embargo, estos niveles debe alcanzarlos al fin en unión con nuestro esquema y el de Venus.

Este esquema, o sea el de Vulcano, completa la serie de los siete. Enumerándolos una vez más por orden sucesivo, tenemos:

- 1° El esquema de Neptuno
- 2° El esquema de Urano
- 3° El esquema de Saturno
- 4° El esquema de Júpiter
- 5° El esquema de Tierra
- 6° El esquema de Venus
- 7° El esquema de Vulcano

El primero y quinto de la serie poseen cada uno tres planetas físicos, y los demás sólo poseen uno.

De los tres esquemas que no están en conexión con el plano físico, muy poco es lo que al presente puede decirse. Están relacionados con grados elevados de evolución, y en cierto modo con la perfección final de la vida del sistema, cuando todos los esquemas septenarios habrán completado sus ciclos. No debe suponerse, sin embargo, que para manifestarse deban esperar a que los demás esquemas hayan completado sus ciclos, puesto que están ya en actividad, y cada uno de ellos se compone de siete planetas que ocupan lugares definidos en el espacio, aunque están formados de materiales más sutiles que los que podemos percibir con nuestros sentidos físicos. Con lo expuesto, no se debe suponer que estos esquemas pertenezcan a fases de existencia que se hallan por completo fuera del alcance de muchas percepciones.

El plano más elevado de la Naturaleza con el cual están directamente relacionados es el plano Rupa del Devachán.

Con la idea general que se ha dado de la estructura y plan del sistema, y particularmente con los muchos escritos que tratando este asunto han aparecido en la reciente literatura teosófica, se verá claro que la configuración del sistema solar no es más estable durante su vida, de lo que lo es la configuración del suelo y del agua sobre la superficie de la tierra mientras dura el progreso de un período del mundo. La cadena de planetas de todo esquema que ha terminado su evolución en el transcurso de un manvántara cualquiera, es desintegrada a su conclusión (sometida inmediatamente a un determinado procedimiento) y una nueva cadena de mundos es llamada a la existencia. Esto no quiere decir que deba producirse una nueva materia extrayéndola de la substancia no manifestada, sino que al terminarse el ciclo de vida de los planetas, son éstos destruídos o reducidos a finísimo polvo que es esparcido por los inmensos ámbitos del sistema solar, y cuyos restos planetarios son destinados como materiales para construir nuevas formas, de la propia suerte que los elementos de un cuerpo humano muerto que se ha disuelto en la tierra o en el aire ambiente y se ha transformado con el tiempo en tejidos vegetales, sirve en ocasión oportuna para la nutrición de nuevas formas animales o humanas.

Con esto se verá que nuestra Tierra, por ejemplo, con sus compañeros los demás planetas, no son sólo una nueva creación al compararles con el estado de cosas que existía cuando la nebulosa se condensó sino que son la cuarta generación de esas nuevas creaciones, y aun esto, sólo es al referirse a nuestro propio esquema.

Ignoro en qué forma se distribuyó en un principio la materia planetaria del sistema, pero puede deducirse con bastante exactitud que de Urano hacia acá, ninguno de los planetas existentes pertenece a la primera serie de los producidos por la nebulosa.

Por lo que a este punto se refiere, no nos incumbe a nosotros ahondar mucho acerca del actual curso de los acontecimientos. Nuestro conocimiento del plan de la Naturaleza, así como del lugar que nosotros mismos ocupamos en ella, no ganaría gran cosa si por ejemplo nos fuese dable saber cuáles planetas existían en conexión con la evolución de Urano antes de que éste existiese; ni con respecto a las demás cadenas nos sería de gran provecho el conocer el número de predecesores que en edades pasadas han tenido cada uno de los planetas que ahora conocemos.

Pero existen algunos aspectos del problema que para nosotros presentan fases de un interés peculiar, pues están relacionados con nuestra cadena, y, sin entretenernos en hacer conjeturas acerca de las analogías que puedan existir entre nuestro esquema y los demás, podemos dirigir útilmente nuestra atención en esta etapa de la investigación, al plan según el cual nuestras habitaciones planetarias son de tiempo en tiempo nuevamente modeladas.

Cuando la corriente de vida abandona a cada planeta (en nuestro esquema) durante la séptima ronda, todos ellos son uno tras otro sucesivamente desintegrados, y la materia de que están compuestos vuelve al océano general de la misma que existe en los ámbitos del sistema solar. Para el próximo manvántara son desarrollados nuevamente los planetas correspondientes, los cuales vienen a ser como si dijéramos las reencarnaciones de los principios superiores contenidos en los antiguos. De este proceso, está excluido el cuarto planeta de cada cadena, aquel cuya constitución es la más física de todas. De este planeta se desprende o separa una gran parte de la materia de que está compuesta, debido a un procedimiento que se comprenderá fácilmente, y en esta su más limitada condición se convierte en la luna o satélite de su sucesor. Cada nuevo planeta físico que viene a la existencia puede ser creado - como lo son aun los mismos sistemas solares - de diversas maneras; pero nuestra Tierra parece haber sido creada según un plan muy parecido al que se empleó para el desarrollo de todo nuestro sistema. En una área apropiada del espacio fue desarrollada una nebulosa planetaria cuya materia fue extraída del referido espacio que la rodeaba; esta materia, procedía sin duda del material desintegrado de primitivos planetas que habían sido destruidos, o quizás también de materia meteórica perteneciente al sistema en general que aun no había sido utilizada anteriormente. La nueva nebulosa terrestre fue desarrollada alrededor de un centro que poco más o menos conservaba la misma relación con el moribundo planeta, que los centros de la Tierra y de la Luna conservan actualmente entre sí. Pero esta agregación de materia ocupaba, en su condición nebular, un volumen inmensamente mayor que el que ocupa ahora la materia sólida de la Tierra. Se extendía en todas direcciones lo suficiente para abarcar dentro de su ígneo perímetro al viejo planeta. La temperatura de una nueva nebulosa parece ser mucho más elevada que cualquiera de las que nos son conocidas, y, debido a esta circunstancia, el viejo planeta recibió nuevamente de un modo superficial, un grado de calor de una naturaleza tal, que toda la atmósfera, agua y materia volátil que contenía fue convertida en gases, y de esta suerte fue supeditado a la influencia de la atracción del nuevo centro establecido en el punto central de la nueva nebulosa. De este modo la atmósfera y mares del viejo planeta pasaron a formar parte de la constitución del nuevo, por cuya razón la Luna es al

presente una masa árida y brillante, estéril y sin nubes, inhabitable para toda clase de seres físicos. Cuando el presente manvántara toque a su término, durante la séptima ronda, su desintegración será completa, y la materia que en ella se conserva todavía unida, se convertirá en polvo meteórico que será empleado, junto con el océano de esa clase de materia, para la formación en lo futuro de nuevas nebulosas planetarias.

Los cambios que de tiempo en tiempo se verifican en la economía interna del sistema solar, deben, naturalmente, producir efectos perturbadores en los movimientos de los planetas ya existentes. Esos efectos tienen lugar siempre que un antiguo planeta es desintegrado o algún nuevo planeta es solidificado, y probablemente en los procesos cíclicos esas perturbaciones tienen por objeto activar en el momento oportuno el progreso de los mundos. Sucede a veces que datos aislados procedentes de enseñanzas ocultas, indican acontecimientos astronómicos que razonablemente no podemos atribuir a causas cósmicas visiblemente en acción. Tales acontecimientos es muy probable que sean producidos por cambios que a grandes intervalos tienen lugar en lo que puede llamarse la configuración del sistema. A ninguna generación de seres pensantes de ningún planeta, le es dable ser testigo de la evolución de un nuevo mundo o de la destrucción de un mundo antiguo. Tales procesos son de una duración enorme comparados con la brevedad de la vida humana. Pero en diversos períodos del futuro deben tener lugar crisis en las cuales los seres inteligentes de algunos planetas serán testigos de la formación de nuevos mundos. El presente manvántara del esquema de Venus, por ejemplo, se halla en un período tan avanzado con respecto al nuestro, que la humanidad terrestre, en alguna ronda futura de nuestro presente manvántara, podrá quizás presenciar los preparativos de la evolución del planeta que debe suceder a Venus, si bien en aquel tiempo la mayoría de la humanidad se hallará en un grado tan avanzado de la evolución, que ningún fenómeno celeste le causará sorpresa o le será ininteligible. Y ahora, para concluir, podemos dirigir nuestra atención a la fase más elevada de nuestro gran tema, y tratar de comprender, en cuanto esto le sea posible a la mente humana funcionando bajo nuestras actuales limitaciones, el objeto espiritual del inmenso sistema al cual pertenecemos, a la Idea Divina que en él se oculta, de la cual este sistema, con toda la asombrosa complicación de esquemas evolucionarios que encierra, y con su infinita diversidad de vida, es la manifestación visible.

Con respecto al plan colectivo de la Naturaleza, pueden a veces darse casos en que nos sea dable comprender, hasta cierto punto, alguna de sus grandes manifestaciones, aun cuando los medios puestos en acción por la fuerza que opera, escapan a todas nuestras más minuciosas investigaciones. Recuérdese que desde el punto de vista del teosofista, no existen fuerzas ciegas en el Kosmos que por medio de su accidental concurso puedan añadir mundos y sistemas a los mundos y sistemas existentes. Sea lo que fuere lo que suceda en los niveles relacionados con la inauguración de un sistema solar, éste es la directa expresión de la Voluntad de un Ser lo suficientemente elevado en atributos para hacer objetiva esta voluntad, para convertirse en la manifestación que El ha creado por medio del pensamiento. Podemos respetuosamente designar al Ser cuya Voluntad crea, y cuya Vida está sumergida en nuestro sistema solar, con el nombre de Logos del sistema, nombre que por otra parte nos es a todos familiar, y que está asociado con la idea de la Divinidad. Podemos aún ir más allá. Podemos concebirlo como surgiendo por modo incomprendible de la Suprema Conciencia Infinita, y dando principio a la creación del sistema por medio de un supremo acto de abnegación de Sí Mismo. En Su naturaleza reside la potencialidad de una ilimitada multiplicación de Su individualidad. Sin el debido esfuerzo de Su parte, esas innumerables posibilidades yacerían dormidas en la Conciencia Suprema. El realiza en la creación del sistema en el cual se convierte, el primer gran acto de lo que a veces se llama sacrificio. Su sacrificio, su sumisión a las

limitaciones inherentes al sistema, las cuales persisten mientras éste existe, no es hecho, como sucede con el sacrificio de los seres de menor categoría, el uno para el otro o para los otros. sino para aquello, que son aún como no existentes. El da su vida a los aun no nacidos, a aquellos que sin Su abnegación jamás llegarían a tener conciencia de sí mismos, a fin de que la suma total de Conciencia Divina pueda enriquecerse más y más por medio de la adición de innumerables centros que posean conciencia individual.

Este gran acto de sacrificio ha sido realizado en beneficio nuestro; en beneficio nuestro y en el de todos nuestros semejantes y demás seres que no son semejantes nuestros, todos los cuales nos estamos elevando a través de los diferentes grados de la evolución espiritual, hacia el nivel de la Naturaleza del cual partió el primer impulso que produjo todos los globos del sistema planetario que vemos, y a todos los que aun no vemos en el cosmos de la vida objetiva.

La primera gran oleada de la vida del Logos que da el ser a nuestro sistema, es la primordial expresión de una ley que se manifiesta a través de todos los mundos que nos son conocidos, la ley que en cada etapa de la existencia dispone que la vida y la energía sean producidas en beneficio de otras conciencias diferentes de la del dador de esta vida, si bien al fin para ser fundidas en ella; la ley que es el alma de todo el sistema, es una ley que no envuelve ningún sacrificio absoluto y final, pero sí la única por cuyo medio puede alcanzarse en la Naturaleza el progreso y la perfección.

Esta oleada se nos demuestra en su más sublime aspecto en la manifestación del mismo sistema; en algunas de sus obras más sencillas en el plano físico de la vida, es una ley de amor y desinterés; en los grados intermedios es conscientemente guiada por aquellos que desde los más elevados niveles de la existencia que nos rodean, estimulan el desarrollo espiritual y el bienestar de la humanidad. Cuanto mayor sea nuestro conocimiento acerca del verdadero ocultismo, y de que en los planos superiores del ser el poder es ejercido por modo inteligente, tanto más nos convenceremos de la realidad de este gran principio, que es asimismo, aunque de un modo distinto, el de estimular la inagotable filantropía del adepto, así como la liberalidad y desinterés de todas las personas de sentimientos elevados, las cuales obran todavía más o menos inconscientemente obedeciendo a los hasta ahora apenas articulados impulsos de su naturaleza espiritual que principia a despertar. El fin, en nuestro actual estado, no podemos comprenderlo claramente; pero podemos tener la absoluta seguridad de que todos aquellos que por simpatía a los demás, se prestan voluntariamente a llevar al terreno de la práctica este elevado principio, colaboran a la gran empresa que nuestro sistema tiene la misión de llevar a cabo, y en lo futuro, si perseveran en este camino, colaborarán a esta empresa con un conocimiento de causa más claro y perfecto, el cual les servirá de guía y norma para comprender el fin que se propone, y de esta suerte devolverán su respuesta a la simpatía Divina, de la cual sus propias conciencias, como seres individuales vivientes, son uno de los innumerables frutos.

Algunos, cuyo número ignoramos - y para llevar a comprender un asunto de tamaña magnitud bien podemos tomarnos la molestia de esperar-, aspiran, por medio de la completa unificación de su fuerza vital con la energía del aliento que compenetra todo el sistema, a elevarse de etapa en etapa de exaltación espiritual a través de los diferentes esquemas de evolución de que consta el sistema, hasta que llegan al punto culminante de su ascensión y se hallan en el nivel del Ser por Quien, y por medio de Quien, toda conciencia existente en el sistema ha sido desarrollada. Su energía vital se ha desprendido de El en un principio, y se ha envuelto en mil limitaciones. Cuando la gran obra llega a su punto culminante, esta energía vital vuelve a fundirse en El, pasando a través de los nuevos canales de energía espiritual, a través de los nuevos Logos menores que constituyen Su propia reflexión en los múltiples planos de la Naturaleza hacia los

cuales Su influencia ha sido proyectada. En la ilimitada extensión del universo vendrá el momento en que a esos nuevos Logos les llegará a su vez el turno de llevar a cabo misiones sublimes análogas a las de su progenitor. No nos es dable prever, por el momento, de qué modo las innumerables individualidades que no habrán conseguido todo el desarrollo evolucionario que puede adquirirse en el sistema, serán de nuevo fundidas en Su conciencia infinita, cuando el tiempo del esfuerzo haya terminado, cuando la noche del pralaya conceda el reposo lo mismo a las más humildes como a las más elevadas formas de conciencia. Ni siquiera podemos leer claramente en los últimos capítulos de la comenzada historia del sistema, en lo referente a la unificación de toda la maravillosa diversidad de energías vitales que deben aún hallarse presentes en esta fase de la manifestación, durante todo el tiempo que los planetas continúen girando en torno del origen de la energía vital a la que damos el nombre de Sol. Sin embargo, se nos dice, y aun con lo poco que comprendemos acerca de las condiciones espirituales, lo podemos en parte colegir, que la individualidad que llamamos el Logos, es siempre una hueste de individualidades reunidas en una sola individualidad, y que todavía continuará siendo tal hueste, sobre cuyo aumento numérico sería en vano especular, cuando la cosecha de posibilidades haya sido realizada y el propósito del gran Mahamanvántara haya llegado por completo a su término.

NOTAS

- (1) Kosmos con K, se refiere al Universo infinito y Cosmos con C, al Universo de nuestro sistema solar. (N. del E.)
- (2) Se recomienda la comparación de esta teoría con la expuesta en la nota de la pág. III de la Doctrina Secreta, tomo I, por H. P. B. (N. del E.)
- (3) Merece ser comparada esta teoría con el contenido de las páginas 161 a 165 del primer tomo de la Doctrina, Secreta, por H. P. Blavatsky. (N. del E.)

www.santimonia.com

Fuente de Alimento Espiritual

